

Es verdad que había para mí un interés mayor de lo que pudiera expresar en asistir de este modo á unos acontecimientos de los que solo tenía una vaga idea por los ecos á menudo fallaces de la historia, y en visitar unos países desde tan largo tiempo transformados. La vasta y brillante capital de la civilización moderna había envejecido rápidamente y estrechádose hasta el punto de las ciudades ordinarias, pero encastillándose con torres almenadas. Admiré alternativamente la hermosa ciudad del siglo xv, los tipos curiosos de su arqueología, la célebre torre de Nesles, los vastos conventos de Saint Germain des Prés. Allí donde florece ahora el jardín de la torre de Saint Jacques, reconocí el pátio sombrío del alquimista Nicolás Flamel. Sus redondos y puntiagudos tejados hacían el singular efecto de hongos en la orilla del río. Este aspecto feudal desapareció á su vez para dejar el puesto á un simple castillo edificado en medio del Sena, rodeado de algunas cabañas, y en fin, á un verdadero campo donde se percibían tan solo unas chozas de salvajes. Paris no existía ya y el Sena deslizaba sus aguas silenciosas en medio de la yerba y de los sauces. Noté, al mismo tiempo, que el foco de la civilización había mudado de

sitio y bajado hácia el sur. ¿Os lo confesaré, amigo mío? En ninguna otra circunstancia experimentó mi alma una sensación tan viva de goce, como en el momento en que me fué lícito ver á la Roma de los Césares con todo su esplendor. Era un día de triunfo, é indudablemente bajo los príncipes sirios, pues en medio de las magnificencias exteriores, de los brillantes carros, de las oriflamas de púrpura, de un senado de mujeres elegantes y de ministros de ópera, distinguí á un emperador, muellemente recostado en un carro dorado, completamente vestido de seda clara y cubierto de piedras preciosas, de adornos de oro y plata resplandecientes al sol del mediodía. No podía ser nadie mas que Heliogábalo, el sacerdote del sol. El coliseo, el templo de Antinoo, los arcos de triunfo, la columna Trajana, se hallaban contruidos y Roma estaba en toda su belleza arqueológica, última belleza que no era mas que una escena de teatro para bufones coronados. Algo mas tarde asistí á la grandiosa erupción del Vesubio que sepultó á Herculano y Pompeya. Ví á Roma en llamas por un momento y aunque no pude distinguir á Neron en su terraplen, estaba bien persuadido que lo que tenía ante mi vista era el incendio del año 64 y la señal de las per-

secuciones cristianas. Algunas horas despues estaba aun ocupada mi imaginacion en examinar los vastos jardines de Tiberio y acababa de ver llegar á este emperador cerca del jardin de rosas, cuando á consecuencia de la rotacion de la Tierra sobre su eje, vino la Judea á colocarse bajo mi ansiosa mirada, que adivinó inmediatamente á Jerusalem y al monte Gólgota. Subia Jesús por esta montaña, rodeado de algunas mujeres, escoltado por una partida de soldados y seguido de un populacho de Judíos. Este espectáculo es uno de los que nunca olvidaré. Era para mí diferente que para los demás vivientes que asistian á este espectáculo, pues la gloria futura (y sin embargo pasada) de la Iglesia cristiana se desplegaba, como la coronacion del divino sacrificio... No insisto mas, pues comprendereis facilmente los diversos sentimientos que agitaron mi alma en esta observacion suprema....

Volviendo luego á Roma, reconocí á Julio César tendido en el suelo, teniendo á su cabecera á Antonio, que tenia, segun creo, en su mano izquierda, un rollo de papiros. Los conjurados bajaban apresuradamente por las márgenes del Tiber. Repasando, por una natural curiosidad

la vida de Julio César, le hallé otra vez con Vercingetorix en el seno de las Gálias, y pude hacer constar que todas las hipótesis que nuestros modernos han hecho sobre Alesia, ninguna fija el verdadero solar que ocupó, puesto que esta fortaleza estaba situada en....

QUÆRENS. — Perdonadme, maestro, si os interumpo, pero aprovecho la ocasion para pedirós que me aclareis un hecho particular del dictador. Puesto que habeis vuelto á ver á Julio César, decidme, os ruego, si su figura se parece en verdad á la que Napoleon III, que reina actualmente en las Gálias, ha descrito en su grande obra sobre la vida de este famoso capitan.

LUMEN. — Mucho me alegraria, amigo mio, de poder aclararos este punto, si me fuese posible; pero considerad que aquí las leyes de la perspectiva me prohiben....

QUÆRENS. — ¿De la perspectiva?... De la política, quereis decir?....

LUMEN. — No, de la perspectiva (aunque estas dos cosas se parecen mucho), porque al ver á los grandes hombres desde el cielo, les juzgo de un modo diferente de lo que parecen al vulgo. Desde el cielo, vemos geoméricamente á los hombres por lo alto y no de frente, es decir, que cuando

están en pie, no tenemos de ellos más que una proyección horizontal. Ya os acordáis que un día hemos pasado juntos, en globo, por encima de la columna Vendôme en París, y que me hicisteis la reflexión que Napoleón, visto desde lo alto, no excedía del nivel de los demás hombres. Lo mismo sucede con César. Desde el otro mundo las medidas materiales desaparecen: no quedan más que las medidas intelectuales.

Sea lo que fuere, de Julio César me remonté hasta los cónsules y los reyes del Lacio, para detenerme un instante ante el rapto de las Sabinas, que me fué muy satisfactorio de poder observar directamente, como tipo de las antiguas costumbres. La historia ha embellecido muchas cosas y reconocí que la mayor parte de los hechos históricos reproducidos por los pintores, eran totalmente diferentes de los que se nos representa. En aquel mismo instante percibí al rey Candaule en Lidia, en la escena del baño que ya conocéis, la invasión de Egipto por los Etiopios, la república oligárquica de Corinto, la octava olimpiada de la Grecia, y á Isaias profetizando en Judea. Ví construir las pirámides por rebaños de esclavos que obedecían á capataces montados en dromedarios. Se me aparecieron las grandes dinastías de Bac-

triana y de la India y me ofreció la China las artes maravillosas que poseía antes que naciera el mismo mundo occidental. Tuve ocasión de buscar el Atlántides de Platon y ví efectivamente que las opiniones de Bailly acerca de aquel desaparecido continente no son tan infundadas. En la Galia ya no se distinguía más que anchurosas selvas y pantanos; las mismas druidas habían desaparecido y los salvajes se parecían mucho á los que viven aun hoy día en Oceania. Era, por cierto, la *edad de piedra* vuelta á hallar por los arqueólogos modernos; más tarde aun ví que el número de los hombres disminuía poco á poco y que la dominación de la naturaleza parecía pertenecer á una gran raza de monos, al oso de las cavernas, al león, á la hiena y al rinoceronte. Hubo un momento en que no solamente me fué imposible distinguir tan siquiera á un hombre en la superficie de este mundo, sino aun la menor huella de raza humana. Todo había desaparecido. Los temblores de tierra, los volcanes, los diluvios parecían ser los dueños de la superficie planetaria y no permitían ya la presencia del hombre en el seno de aquellas ruinas.

QUERENS. — Os confesaré, ¡Oh Lumen! que esperaba con impaciencia el momento en que llegáreis al paraíso terrestre, á fin de saber á punto

fijo en que forma se presentó la creacion de la raza humana sobre la Tierra. Mucho me sorprende que ni siquiera hayais soñado en esta importante observacion.

LUMEN. — Os cuento únicamente lo que he visto, curioso amigo, y me guardaré bien de substituir al testimonio de mis ojos los ensueños de mi imaginacion. Por consiguiente, os diré que no he notado la menor huella de ese Eden tan poéticamente descrito en las teogonias primitivas. Además, hubiera sido muy extraordinario que la semejanza entre el mundo que tenia ante mis ojos y la Tierra hubiese llegado hasta ese punto, tanto mas cuanto que si el paraíso terrestre tiene su razon de ser en la cuna de la humanidad, no veo que pueda tener la misma razon en el fin de la sociedad humana.

QUÆRENS. — Creo, al contrario, que sería mas justo suponerle al fin que al principio, y mejor como recompensa que como preludeo de una vida de sufrimiento. Pero ya que no le habeis visto, no insisto mas sobre esta cuestion.

LUMEN. — Me sucedió, en fin, al terminar la observacion de este mundo singular, cuya historia era precisamente lo contrario de la vuestra, ver animales maravillosos por su monstruosidad que

se batian por la orilla de vastos mares. Habia serpientes gigantescas armadas de zarpas formidables, cocodrilos que volaban sostenidos por alas orgánicas mas largas que su cuerpo, peces disformes cuya boca se hubiera tragado un buey, aves de presa lidiando horriblemente entre sí en islas devastadas. Habia continentes enteros cubiertos de vastas selvas, de árboles con hojas enormes que crecian las unas sobre las otras, vegetales sombríos y severos, porque el reino vegetal no poseia ya ni flores ni frutos. Las montañas vomitaban cascadas inflamadas, los rios caian en cataratas, el suelo de los campos se abria como precipicios profundos en los cuales se hundian las colinas, los bosques, los rios, los árboles y los animales. Pero en breve me fué imposible distinguir hasta la misma superficie del globo; un mar universal me pareció que le cubria, y el reino vegetal, como el reino animal, se eclipsaron lentamente para dejar el puesto á una monotonía verdura surcada por relámpagos y blancas humaredas. Era, desde entonces, un mundo que se moria, y asistí á los últimos latidos de su corazon, relevados por resplandores pálidos é intermitentes. Parecióme luego que estaba lloviendo á la vez sobre su superficie entera, pues el sol no alumbraba ya mas que

nubes y surcos de lluvia. El hemisferio opuesto al sol me pareció menos sombrío que ántes y unas pálidas claridades se dejaban ver de cuando en cuando al través de las tempestades. Estos reflejos se hicieron mas intensos y se propagaron por toda la esfera. Habia anchurosas grietas candentes como el hierro en la fragua : así como el hierro sucesivamente encendido en la ardiente hornaza se vuelve rojo claro, luego anaranjado, amarillo, blanco é incandescente, así pasó el mundo por todas las facés de un fuego sucesivo. Su volúmen se acrecentó y su movimiento de rotacion disminuyó. El globo misterioso se volvió semejante á una esfera inmensa de metal fundido envuelta en vapores metálicos. Bajo la accion incesante de su cráter interior y de los combates elementales de esta extraña química, adquirió proporciones, y su esfera incandescente se convirtió en esfera de vapores. Desde entónces se fué desarrollando sin cesar y perdiendo su personalidad. El Sol que le alumbraba en un principio no le excedia mas en esplendor, y engrandecia él mismo su circunferencia en tal grado, que llegó á ser evidente para mí que el planeta vaporoso iba á perder su misma existencia absorbiéndose en la atmósfera engrandecedora del Sol.

Asistir al fin del mundo es un raro permiso. Así es que en mi entusiasmo no pude ménos de exclamar con cierta vanidad : « Hé aqui el fin del mundo, ¡oh Dios mio! y hé aqui la suerte reservada á las innumerables tierras habitadas! » — ¡No es el fin! respondió una voz al entendimiento de mi alma : *¡es el principio!*

— « ¿Cómo, el principio? pensé yo al momento.

— « El principio de la Tierra misma, respondió la misma voz. Has repasado toda la historia de la Tierra, *alejándote de ella con una velocidad mayor que la de la luz.* »

Esta afirmacion no me sorprendió tanto como el primer episodio de mi vida ultra terrestre, pues familiarizado ya con los efectos sorprendentes de las leyes de la luz, estaba preparado, en lo venidero, para cualquiera nueva sorpresa. Bien habia yo sospechado el hecho por ciertos detalles que no os he podido referir por no turbar la unidad de mi narracion, pero que eran, sin embargo, incomparablemente mas extraordinarios aun que la sucesion general de los acontecimientos.

QUÆRENS. — ¡Pero si realmente era la Tierra, como es que la observacion astronómica que hicisteis mas adelante para reconocerla en la conste-

lacion del Altar os ha indicado, al contrario, que el mundo que examinabais no era ni la Tierra ni un asterismo del Altar?

LUMEN. — Es porque esta misma constelacion habia cambiado á consecuencia de mi viaje por el espacio. En vez de las estrellas de tercera magnitud  $\alpha$ ,  $\gamma$  y  $\zeta$ , y de las estrellas de cuarta magnitud  $\beta$ ,  $\delta$  y  $\theta$  que constituyen esta figura vista desde la Tierra, mi alejamiento hácia la nebulosa habia reducido estas estrellas á unos puntitos imperceptibles. Habia colocadas allí otras estrellas brillantes, que eran sin duda  $\alpha$  y  $\beta$  del Cochero,  $\theta$ ,  $\iota$ ,  $\eta$  y aun acaso  $\epsilon$  de la misma figura, estrellas diametralmente opuestas á las precedentes, cuando se está sobre la Tierra, pero que han debido interponerse allí cuando yo las dejé atrás. Las perspectivas celestes habian cambiado ya y se hacia, en verdad, casi imposible, determinar la posicion de nuestro Sol.

QUÆRENS. — No habia pensado yo en este inevitable cambio de perspectiva, mas allá de Capella. Así pues, es la Tierra misma lo que habeis visto. Además, su historia se ha desarrollado ante vos en sentido inverso de la realidad. Habeis visto los acontecimientos antiguos venir *despues* de los acontecimientos modernos. ¿Por qué

nuevo proceder ha podido la luz haceros subir por el rio del tiempo?

Ademas, ¡oh Lumen! segun me anunciasteis, habeis observado particularidades curiosas relativas á la Tierra misma. Precisamente deseaba someteros varias cuestiones sobre estos pormenores. Así, diré con interes las historias extraordinarias que deben completar esta narracion, persuadido que, como anteriormente, responderán de antemano á mi curiosidad.

## II

LUMEN. — La primera circunstancia se relaciona con la batalla de Waterlío.

QUERENS. — Nadie se acuerda mejor que yo de aquella catástrofe; en ella recibí un balazo en el hombro cerca del Monte San Juan, y un sablazo en la mano derecha me dió uno de aquellos tumbantes de Blücher.

LUMEN. — Pues bien, antiguo compañero, al asistir de nuevo á aquella batalla, la ví de muy diferente manera de como tuvo lugar. Lo vais á ver.

Cuando hube reconocido el campo de Waterlío, al sur de Bruselas, distinguí primeramente un número considerable de cadáveres, siniestra asamblea de la muerte que yacía tendida por el suelo. Distinguíase al través de la niebla, allá á lo léjos, á Napoleon marchando hácia atras y teniendo su

caballo por la brida, los oficiales que le acompañaban marchaban hácia atras igualmente! Debían resonar algunos cañones, pues se veían de vez en cuando los tristes resplandores de sus relámpagos. Cuando se hubo acostumbrado mi vista al campo, distinguí en primer lugar algunos soldados muertos que se despertaban, resucitando de la eterna noche, y que se levantaban de pronto! Han resucitado sucesivamente en pelotones. Los caballos muertos se despiertan como sus ginetes y estos vuelven á montar á caballo. Tan pronto como volvieron á la vida dos ó tres mil hombres, los veo formar insensiblemente en línea de batalla; encuéntranse frente á frente los dos ejércitos y empiezan á batirse con un encarnizamiento y un furor que se hubiera podido tomar por desesperacion. Una vez empeñada la lucha resucitan con mas rapidez los soldados. Franceses, Ingleses, Prusianos, Alemanes, Hanovreses, Belgas; capotones grises, uniformes azules; capas encarnadas, verdes y blancas se alzan del campo de la muerte y se baten. Apercibo al emperador en el centro del ejército francés; un batallon en cuadro le rodeaba; habia resucitado la guardia imperial!

Por ambas partes avanzaron entónces los inmensos batallones precipitando sus pesadas

olas; por derecha é izquierda cargaron los escuadrones. Los blancos caballos hacian flotar al viento sus aéreas crines. Me acordé del extraño dibujo de Raffet y del epigrafe espectral del poeta aleman Sedlitz :

La caisse sonne, étrange,  
Fortement elle retentit ;  
Dans leur fosse ressuscitent  
Les vieux soldats péris <sup>1</sup>.

Y de aquel otro :

C'est la grande revue  
Qu'à l'heure de minuit,  
Aux Champs Élysées,  
Tient César décédé <sup>2</sup>.

Era aquello Waterlío, pero un *Waterlío de ultra-tumba*, pues los combatientes eran resucitados. Además, extraño efecto de óptica ! los veia marchar hácia atrás unos contra otros. Semejante batalla era de un efecto mágico, que me impresionaba con tanta mas fuerza cuanto que adivinaba ver el acontecimiento mismo y que este se presen-

<sup>1</sup> Suena el tambor y fuertemente resuena. En su sepultur resucitan los veteranos muertos.

<sup>2</sup> Es la gran revista que á media noche pasa César muerto en los Campos Eliseos.

ta transformado de un modo extraño en su imágen simétrica. Otra observacion no ménos singular hice. Quanto mas se batian, mas aumentaba el número de los combatientes ; á cada boquete que abria el cañon en las apretadas filas, resucitaba inmediatamente un grupo de muertos para cubrir aquellos boquetes. Cuando hubieron pasado el dia los ejércitos enemigos en destrozarse recíprocamente con la metralla, los cañones, las balas, las bayonetas, los sables y las espadas ; cuando hubo concluido la gran batalla, no habia ni siquiera un muerto ni un herido ; los uniformes poco antes destrozados, en desórden, estaban en buen estado, los hombres muy buenos y sanos y las filas compactas y correctamente ordenadas. Los dos ejércitos se alejaron lentamente uno de otro como si la ardorosa pelea no hubiese tenido mas objeto que el hacer resucitar al humo del combate, los doscientos mil cadáveres que yacian en el llano algunas horas ántes. ¡ Que batalla tan ejemplar y envidiable ! De seguro que era aquel el mas singular de los episodios militares. Mas sorprendente aun que el aspecto físico era el moral al pensar que aquella batalla daba por resultado no el vencer á Napoleon, sino por el contrario colocarle en el trono. En vez de perder la batalla, era el emperador

quien la ganaba, de prisionero se hacia soberano. Waterl6o era un 18 brumario!.....

QUÆRENS. — No comprendo bien, Lumen, ese nuevo efecto de las leyes de la luz y os agradecería en extremo me lo explicarais, si lo conoceis.

LUMEN. — Os lo dej6 adivinar poco hà, dici6ndos que me alejaba de la Tierra con una velocidad *mayor* que la de la luz.

QUÆRENS. — Pero, decidme por favor, de que manera ese alejamiento progresivo en el espacio os hizo ver los objetos en 6rden inverso al en que han tenido lugar?

LUMEN. — Es muy sencilla la teoría. Suponed que partís de la Tierra con una velocidad exactamente *igual* à la de la luz, llevareis siempre con vos mismo el aspecto que tenia la Tierra en el momento en que salisteis, puesto que os alejais del globo con una velocidad exactamente igual à la que trasporta al espacio aquel aspecto ó manifestacion. Aun cuando viajarais durante mil años, cien mil años, aquella imàgen os acompañaria siempre, como una fotografia que n6 envejece, mientras que los años envejecen al original.

QUÆRENS. — Comprendí ese hecho en vuestra primera conversacion.

LUMEN. — Bueno. Suponed ahora que os alejarais de la Tierra con una velocidad mayor que la de la luz. ¿Qué sucederia ent6nces? Encontraríais à medida que fuerais avanzando en el espacio, los rayos que salieron *antes* de vos, es decir las sucesivas fotografías que de segundo en segundo, à cada instante, vuelan al espacio. Si, por ejemplo, partís en 1867, con una velocidad igual à la de la luz, llevais eternamente con vos el año 1867. Si camináis con mayor velocidad encontrareis los rayos que salieron en los años anteriores y que llevan en sí mismos la fotografia de aquellos años.

Para poner mas en evidencia la validad de este hecho, os ruego que imagineis muchos rayos luminosos que hubiesen salido de la Tierra en distintas épocas. Supongo que el primero es el de un instante cualquiera del 1° de Enero de 1867. À razon de 72,000 leguas por segundo, en el momento en que os hallo, ha recorrido ya cierto camino desde el momento de su marcha y se le encuentra à una distancia que expresaré con la letra A. Consideremos ahora un segundo rayo salido de la Tierra cien años àntes, el 1° de Enero de 1767: lleva cien años *de delantera* al primero y se encuentra à una distancia mucho mayor, distancia que expresaré con la letra B. Un tercer